

vaya reaccionando. Mientras tanto lo iremos aprobando como sea, hasta que llegue ese momento. ¡Qué llegará, no lo dude, llegará!

Mi buen padre salió tan contento de la entrevista que aquel día permitió que me comiera, de postre, media sandía que le había regalado un paisanejo del Tomelloso, de los que las traen con carros a este mercado. El gesto de mi padre me desconcertó, ya que sólo tenía motivos para romperme las costillas.

Pero yo seguía enfrascado con mis asuntos literarios. Las Matemáticas me causaban horror y un asco tremendo. Las Ciencias Físico-Químicas, repugnancia, y si me aprobaban era de lástima y gracias a la acción protectora de D. Federico, *que había visto* algo en mí que los demás profesores no alcanzaban a ver.

Cierta día me encontré inspirado e hilvané una crónica que titulé modestamente «Ante el arcano de la vida». Se la leí a los de la *partía*, y previos algunos retoques dieron su aprobación. Visité al buen poeta D. Joaquín Aguilera, Redactor Jefe de «La Tribuna» y gran amigo de mi padre, con la súplica de que me la publicara, a lo que accedió gustoso.

Cuando yo vi mi firma en el diario local creí enloquecer de alegría y suponía que a mi padre le habría de pasar lo propio. Me presento en casa a la hora de cenar y lleno de alborozo, me dirijo a mi padre, que ya estaba impaciente por mi tardanza, diciéndole: Mira, papá, mira qué cosa tan bonita viene en «La Tribuna», firmada por tu hijo. Léela y dime si estoy perdiendo el tiempo y si hay o no gas en el coco. Con toda parsimonia se caló las gafas y leyó aquel trabajo sin perder coma.

De vez en cuando me dirigía una mirada difusa, que llevaba el desconcierto a mi ánimo, el corazón se me salía del pecho porque barruntaba que la cosa no iba bien. Cuando hubo terminado y sin que se alterara un músculo de la cara se levantó..., y con la zopa me largó un tortazo que me dejó de perfil. Y me dijo: «Ahora te vas a la cama sin cenar, que mañana ya veré yo lo que hago contigo.»

Aquella noche no pude dormir, y la reacción operada en mi espíritu fué tremenda. Empecé a ver claro: apareció el otro yo.

Al siguiente día me llamó y con las mejores formas, me dijo: «¿Tú quieres estudiar o no? Ya conoces mi situación y los líteres que tengo que hacer para sacaros adelante. Si quieres estudiar aquí está tu padre para pelarse las cejas llegando al último sacrificio y que seas un hombre; sino, dímelo para que yo vea lo que hago contigo.»

—¡Quiero estudiar!—le dije muy convencido y hecho cargo de la situación. Y efectivamente, fuí un buen estudiante; me hizo Ingeniero con mil trabajos y dejó la literatura para dedicarme a las Matemáticas, que no eran tan horribosas como yo me imaginaba.

En aquel momento histórico del guantazo, terminó mi carrera literaria y empezaba la de Ingeniero. ¿Fué un acierto? ¿Fué un error? Yo creo que fué un acierto de mi padre, a quien tanto le debo y a quien le rezo mucho, ¡mucho!... Porque, sin pasión de hijo. ¡Vaya un hombre de mérito, salido de la nada en Tomelloso! ¡Si yo, con la base de mi carrera, hubiera sacado un pelo suyo.!

Carlos Morales Antequera.

Ingeniero Agrónomo.